X.

Los toltecas.—Segunda faz de la civilizacion en México.—Reflexion acerca del nahóa.—Término de la monarquía tolteca.—Con ella acabó la civilizacion del Norte.—Irrupcion de los otomíes.—Los totonacos.—Los cuextecas.—Los michoacaneses.—Llegada de los chichimecas al valle.—Inmigraciones de las tribus de filiacion tolteca.—Los matlaltzincas.—Los acolhuis.—Se confunden los acolhuis con los chichimecas y comienza el reino de Acolhuacan.—Los mexicanos.—Su crecimiento.—Tercera y última faz de la civilizacion en el periodo mexicano.—Reflexiones.

En el estado que acabamos de bosquejar es como creemos que se encontraba México, cuando la inmigracion llamada tolteca por excelencia vino á poner los fundamentos de la monarquía de Tollan. Esta tribu fué la primera que nos dejó relaciones escritas; de ella se encarga nuestra historia antigua como de la nacion primitiva, y de su época se cuentan los tiempos verdaderos de los anales indígenas. De aquí adelante tenemos á la historia por guia, y no se dirá de nuestros asertos que puramente son conjeturales y obra de nuestra acalorada imaginacion.

La invasion de los toltecas en la mesa central no produjo grandes trastornos; fracciones de su familia ocupaban el país muy de antemano, allanando las dificultades que aquellos pudieran haber encontrado á su llegada. Su venida trajo á mas bajas latitudes la civilizacion del Norte; marcando los límites de su monarquía los términos australes de aquellos conocimientos. Atendiendo á que el espíritu humano no permanece estacionario, sino antes bien camina, y camina sin cesar, es de creerse que en Tollan esa misma civilizacion tuvo mayores incrementos y llegó á mas perfeccion. Las relaciones que de comun se establecen entre los pueblos vecinos; la comunidad de lengua con algunas tribus; la influencia que la superioridad del saber da á las naciones adelantadas sobre los pueblos bárbaros, hicieron que las artes y las ciencias toltecas se extendieran por todas partes, se comunicaran aun á tribus demasiado rudas, sustituyendo esta segunda faz de la civilizacion indígena, primera que nos es bien conocida, á la misteriosa del Sur, borrada en todas direcciones por las invasiones de los bárbaros.

Aunque á riesgo de entrar en una digresion, este nos parece el lugar mas oportuno de añadir otra razon en favor de haber llamado nahóa y no mexicano al idioma de aquellas tribus, y de hacer hermanas á las dos hablas en vez de tenerlas por una sola y misma cosa. Suponiendo que sea falso cuanto hemos asentado, acerca de reconocer la huella de esta lengua en tiempos anteriores á los toltecas de Tollan, nadie nos negará que la tribu acabada de nombrar hablaba el mismo idioma que los mexicanos, y por consecuencia que fué la primera que introdujo su habla en México. Los toltecas pertenecen al siglo VI de nuestra era: los mexicanos fundaron su capital el siglo XIV. El nombre de mexicano fué dado por los españoles al idioma de los mexicanos habitadores de México, es decir, es un nombre derivado de la lengua india, pero compuesto y arreglado á la pronunciacion del castellano. Los toltecas ni vieron, ni conocieron á los mexicanos; no podian llamar mexicano á su idioma siete ú ocho siglos antes de que los tenochcas tomaran su apellido nacional, ni ocurrieron á lengua extraña para distinguirlo; luego es indispensable seguir al P. Sahagun, quien bien informado da al idioma el nombre de nahóa. El nahóa y el mexicano no pueden ser una misma cosa, por una razon sencilla: un idioma hablado, no por dos pueblos que se separaron desde muy antiguo y que cada uno por su propia cuenta lo fué modificando, sino por un solo pueblo colocado en las circunstancias ordinarias de la vida de las naciones, no se mantiene el mismo durante diez siglos.

La monarquía tolteca duró cerca de cuatro siglos, al cabo de los cuales, la guerra civil, con sus inseparables compañeras el hambre y la peste, vinieron á ponerle desgraciado término. De los tristes restos escapados de la destruccion, pocos quedaron habitando la mesa central y el valle de México; el tropel de los fugitivos tomó para el Sur, y fueron á establecerse en Guatemala, formando una nueva irrupcion sobre las tribus allá avecindadas. Con la caida de la monarquía tuvo término tambien la civilizacion del Norte. Ella avanzó lentamente desde el Gila hasta Tula; puso su sello sobre todos los pueblos, y llegó á su apogeo en la mesa central. Las fracciones de la familia nahóa fueron sus propagadoras; ellas tal vez la principiaron, ó cuando menos la pusieron en su mayor estado de adelanto. Llaman sobradamente la atencion su culto de los astros; su religion primitiva inocente y sencilla; sus pasmosos conocimientos astronómicos en el arreglo del año, superiores á los que sobre el mismo problema poseian á principios del siglo XVI las naciones mas cultas de Europa. Por fortuna, la simiente depositada en los pueblos extraños, y el enseñamiento hecho á las tribus de la misma filiacion, germinaron con el tiempo, y el todo no fué perdido para la humanidad. Verdad que muchos años pasaron antes que reapareciera lozana y vigorosa en las cortes de Tetzcoco y de México; esos tiempos intermedios no se malgastaron, porque tribus broncas y salvajes vinieron á abre-

varse en esa fuente. Al contacto de los depositarios de la civilizacion se pulieron y domesticaron, y aquí, como en el imperio romano cuando las invasiones de los bárbaros, como en todas partes, las hordas huraña é ignorantes del Norte vinieron á recibir de las manos de los vencidos sus instituciones, su culto, su lenguaje.

De la destruccion de los toltecas á la venida de los chichimecas al valle de México, hubo un intervalo de pocos años segun algunos historiadores; de muchos conforme á otros. Se asegura tambien, que en todo aquel periodo el país quedó deshabitado; cosa que no puede admitirse para el territorio entero de México, sino únicamente para la comarca ocupada por los toltecas, y eso sin olvidar que aun allí mismo habia restos suyos, que en seguida formaron nacion con el nombre de colhuis ó colhuas. En el intermedio transcurrido se verificaron ademas varios acontecimientos, callados por la historia y sacados por nosotros, bien de ella misma, bien de nuestra carta.

El primero que nos ocurre enumerar es, una invasion otomí sobre las tierras abandonadas por los toltecas. Esa invasion se extendió al Este hasta tocar con el totonaco. Aunque insistamos sobre lo ya dicho, los toltecas hablaban lengua mexicana; nombres de su idioma pusieron á las poblaciones de su monarquía y principalmente á su capital. Ahora se habla allí el otomí; preciso es admitir que la primera lengua ha sido sustituida allí por la segunda. El asiento primitivo de los otomíes lo colocamos, en la parte montañosa distinguida exclusivamente con nombres otomíes; los lugares que ellos ahora viven, en que han persistido las denominaciones nahóas, son de los que se apoderaron en esta invasion; de manera que, por aquel rumbo, los nombres nahóas deben marcar los límites de la monarquía tolteca. La irrupcion fué anterior á la venida de los chichimecas, porque estos, ó alguna de las tribus nahóas que en seguida llegaron al valle, se hubieran establecido en Tollan, ciudad en que aun quedaban magníficas ruinas, y tenia para los emigrantes el gran valor de los recuerdos de familia.

La autoridad de Torquemada nos permite colocar á los totonacos en Teotihuacan antes de la llegada de los chichimecos: trasladados de allí á Tenamitic, ocuparon en seguida los lugares en que ahora se les encuentra, nombrando á su capital Mixquihuacan. Los cambios de lugar nos parecen la señal de haber sido desalojados de los primeros puntos por las tribus llegadas despues de ellos. Hemos hecho á los totonacos, de una manera dudosa, hermanos de los cuextecas por el habla; si no es así, en cuanto á las costumbres no cabe duda en que las tenian idénticas, prueba de que si ambos pueblos no son de la misma filiacion, tuvieron al menos relaciones estrechas en las regiones septentrionales. El P. Sahagun asegura que su lenguaje es diferente, aunque algunos hablaban el othomí, el nahóa ó el cuexteco;

cosa natural de entenderse, por ser las naciónes que les rodeaban y con las cuales estaban en contacto.

Los cuextecas son los últimos individuos de la gran familia maya-kiché; les encontramos al Norte, y son, á no dudarlo, los mas modernos en México. En relaciones con los otomíes, los nahóas y los chichimecas, parece que desde muy temprano ocuparon la comarca en que se le encuentra, fijándose allí de una manera permanente, sin tomar parte en las emigraciones que las naciones sus vecinas emprendieron. Por la diversidad de idioma, ó por algun rencor de raza, se apartaron de sus antiguos amigos y se mantuvieron independientes haciéndoles constante guerra. Fuertes en su terreno accidentado, ni las irrupciones de los chichimecas les llevaron mas adelante, ni las armas triunfantes de los mexicanos pudieron domeñarlos.

Por lo que atañe á los michoacaneses, parece que se establecieron en el lugar donde les vemos, en un tiempo poco mas ó menos el mismo del establecimiento de los toltecas en Tollan. Ocuparon el país sobre los tecos, de lengua popoloca, poblacion primitiva que no dejó vestigios en los nombres geográficos, probando así que allí pereció completamente, absorbida por un pueblo que le era superior por el saber. La última organizacion política del Michoacan es de data mucho mas reciente que la del establecimiento de la tribu en el país, así como su civilizacion y el grado de adelanto que habia alcanzado.

Los chichimecas llegaron al Valle hácia el último tercio del siglo XII. Adoptando la opinion, para nosotros mas probable, les hemos asignado una habla particular, el chichimeca. Antes espusimos los fundamentos de nuestra creencia; añadiremos ahora, que nos confirmamos en ella á medida que hemos hecho mayor estudio en la materia. Cada vez nos parece mas débil el argumeuto de que si tenian idioma propio no pudieron abandonarlo para adoptar otro extraño. En efecto, que un pueblo libre deje su lenguaje por otro, es cosa nunca vista; pero que de dos pueblos puestos en contacto, que se mezclan, que se confunden; el uno porque cede á la presion de la conquista, al influjo de la civilizacion, á cualesquiera otra causa, pierda su lengua y tome otra, es cosa que se ha presentado con sobrada frecuencia. Muchos ejemplos pudiéramos citar de pueblos de Africa y de Europa en los cuales se ha verificado el hecho, y sin salir de nuestro país, mencionaremos en Guerrero las lenguas que el mexicano ha extinguido, imponiendo á las tribus que las usaban una lengua extranjera; los popolocos que antes llegaban hasta Tecamachalco y ahora se retiran al Sur adoptando los pueblos el mismo idioma mexicano; los otomíes que al Norte de México ocupaban poblaciones en que ahora únicamente se entiende el azteca; el castellano que ha borrado una buena porcion de los idiomas indígenas ó ha logrado que los

indios lo practiquen al mismo tiempo que sus lenguas nacionales; los mayas que han impuesto su lengua á los descendientes de la raza blanca, á sus mismos conquistadores.

Los chichimecas no conquistaron la tierra, la ocuparon. No emprendieron guerra, porque no hubo contra quien, y les bastó enseñorearse y extenderse por el suelo. Esto dió por resultado que no sufrieran cambio alguno las tribus avecindadas al Sur; todas ellas parecian sólidamente establecidas, y no fueron inquietadas. Los chichimecas hallaron en el Valle las reliquias de los desdichados toltecas, y por un pensamiento feliz, que revela cuando menos el respeto tributado á la desgracia y al saber, ningun desman cometieron con ellos, y antes bien les tomaron cariño, y entraron en tratos y relaciones, avecindándose en sus mismos pueblos. Estos descendientes de los toltecas crecieron en número, tomaron el nombre, como ya dijimos, de colhuis ó colhuas, y fundaron el señorío de Culhuacan á orillas del lago.

De pocos años despues de la llegada de los chichimecas á fines del mismo siglo XII, la historia conserva la memoria de varias tribus, que desprendidas de sus establecimientos del Norte, llegaron á veces juntas, á veces separadas, buscando tierras en que aposentarse: casi todas eran de lengua nahóa, y sus irrupciones de pronto tomaron un carácter pacífico, que se explica por las circunstancias particulares de los pueblos á los cuales venian á pedir hospitalidad. Reina una gran confusion en el número, en los nombres, y en el órden sucesivo de estas tribus inmigrantes; mas como la tarea de descifrar el enigma no nos corresponda, la dejamos á quien toque, contentándonos nosotros con consignar lo que convenga á nuestro propósito.

El motivo que los sacaba de sus tierras para arrojarlos á las extrañas debia ser bien poderoso; porque ese movimiento general no podia ser efecto de la fiebre imitatoria; ni de guerras en las cuales los vencedores se hubieran quedado sobre la tierra disputada; ni la falta de mantenimientos, que no hubiera traido para los mismos puntos una cantidad considerable de viajeros reunidos; la causa era superior á todo esto, y obraba, no contra las fracciones, sino contra el conjunto de la familia nahóa, á la cual arrancaba entera de sus posesiones, y á ella y á sus amigos los empujaba al país del destierro. Recopilando los nombres que encontramos y los lugares adonde se establecieron, comenzaremos por los *tepaneques*, quienes fundaron un señorío independiente, su capital fué Azcapotzalco, y su poder llegó á tanto alguna vez, que dos de sus reyes usurparon el reino de Acolhuacan. Los *techichimecas*, que conmovieron un tanto el país y son los fundadores de la república de Tlaxcallan. Los *malinalcas*, que tambien fuera del Valle, formaron un Estado con su cabecera Malinalco. Los *xochimilcas* y los *chalcas*, avecindados respectivamente en Xochimilco y en Chalco, orilla de los lagos

de su nombre. Los *cholloltecas* y los *huexotzincas*, fuera del Valle, en las ciudades libres de Chollollan y de Huexotzinco. Los *cuitlahuacas* y los *mizquicas*, vivieron en Cuitlahuac (hoy *Tlahuac*) y en Mizquic, en el lago de Chalco. Los *tlahuicas*, que formaron un fuerte señorío, con su ciudad principal Cuauhnahuac (Cuernavaca). Los *cohuixcas*, avecindados en Guerrero. Todas las tribus acabadas de mencionar hablaban el nahóa. Junto con ellas, y formando cuerpo con las siete naciones que tomaron el nombre particular de *nahuatlaques*, vino un pueblo de lengua extranjera, por cierto bien diferente de la nahóa, llamado matlaltzinca: tomó asiento en el valle de Tolocan, y solicitado por los tarascos se extendió despues á Michoacan.

En pos llegaron los acolhuis, de procedencia nahóa. Los chichimecas distinguieron particularmente á esta tribu entre sus hermanas, sin duda por ser la mas civilizada: Xolotl, rey chichimeca, dió sus dos hijas en matrimonio á dos de los gefes principales de los acolhuis.—"A ejemplo de la fami-" lia real (dice Clavijero, y duplicamos aquí la cita), se fueron uniendo po-" co á poco en casamiento, otras muchas de las dos naciones, hasta formar " una sola, que tomando el nombre de la mas noble se llamó Acolhua y el " reino Acolhuacan."—Clavijero, el defensor acérrimo de que los chichimecas no pudieron mudar de lenguaje, nos suministra la autoridad para afirmar el hecho, patente por otra parte en nuestra historia, de que chichimecas y acolhuis se confundieron y mezclaron para formar una sola nacion, la cual tomó el nombre de la mas civilizada. Concedido esto, admitido que un pueblo dejó voluntariamente su nombre nacional para tomar otro mas noble, el del pueblo con el cual se confundió, queda ya como disputa insostenible que ese mismo pueblo, con el trato, el ejemplo y el enseñamiento, domesticándose y puliéndose porque era bronco y bárbaro, no hubiera podido perder, no hubiera perdido sus costumbres rústicas, sus instintos groseros, su lenguaje, en fin, para adoptar usos, costumbres y habla mas refinados y perfectos. No todo lo aprenderian los chichimecas al mismo tiempo, está bien; el lenguaje seria de lo último que abandonaron, concedido; pero la cuestion no versa acerca de la época, sino sobre el hecho, y este se pudo verificar, y se verificó, á semejanza de los muchos de su clase que se han verificado.—La capital del reino de Acolhuacan era Tetzcoco.

En compañía con los acolhuis penetraron los otomíes en el Valle fundando el señorío de Xaltocan.

A la postre vinieron los mexicanos. Eran en la mesa central tanto ó mas antiguos que sus tribus hermanas; pero inquietos, removedizos, pendencieros, dotados de instintos feroces, llevaron largo tiempo una vida vagabunda, ya fuera, ya dentro del Valle, molestando á cuantos tenian la desdicha de encontrarse á su paso. Reducidos á esclavitud en Culhuacan; puestos en

libertad, merced á un rasgo de su sanguinaria ferocía; vencidos y desbaratados en algunos reencuentros; pobres y cargando el odio de los pueblos comarcanos, vinieron á poner en las islas del lago los cimientos de México. La necesidad les hizo industriosos; las contradicciones acrecentaron su valor natío. Bregaron animosos contra la mala fortuna, y se salvaron así de la destruccion; poco á poco crecieron y se hicieron fuertes. Entonces, el rencor que guardaban en el corazon por las pasadas injurias se desbordó como un torrente; atravesaron en sus barcas las aguas de la laguna, y llevaron á la tierra firme la guerra y la servidumbre. Crecieron mas, y durante la administracion de una serie de reyes tan políticos como guerreros, la nacion llegó á ser la primera de Anáhuac. Embellecieron su capital hasta hacerla una maravilla; cultivaron las artes y las ciencias, hasta hacerse los rivales de los tetzcocanos; propagaron sus instituciones, sus costumbres, su teogonía y su lenguaje por donde quiera que su poder alcanzó; y pocos pueblos no vieron dentro de su territorio invadido, á las guarniciones de los guerreros aztecas venir á demandar el tributo. Los siervos de los culhuaques fueron los señores de la tierra.

Ya señalamos las emigraciones que durante este periodo hicieron las gentes de lengua mexicana hasta Centro América, y ahora solo diremos, que en la conquista de Soconusco (Xoconochco), los invasores hicieron desaparecer el mam, que allí se hablaba, sustituyéndole su propia lengua.

La venida de las tribus, y el que las mas adelantadas se avecindaran en el valle de México, no solo dió por resultado una inmensa poblacion, sino tambien que aquí se implantaran de preferencia y crecieran con mayor lozanía los conocimientos de estos pueblos. Desde que la monarquía tolteca desapareció, hasta el principio del reino de los acolhuis, no pueden contarse mas de años de tinieblas y de ignorancia. Comenzó el crepúsculo con el establecimiento de la corte de los acolhuis en Tetzcoco; y fué patente la luz, cuando esta ciudad y la de México eran rivales en esplendor y en saber. Los elementos aprovechados en esta tercera y última faz de la civilizacion de Anáhuac eran todos de orígen tolteca, de manera que, los pueblos modernos solo pueden aspirar á la honra de haberlos perfeccionado, dándoles mayor ensanche con mayor número de aplicaciones, y de haberlos propagado sobre un espacio inmenso. El conjunto de instituciones políticas, de enseñamientos morales, de preceptos religiosos, de saber científico, forman un todo monstruoso, que no se sabe si achacarlo á un pueblo nuevo, bárbaro y sanguinario, ó ponerlo á cuenta de una nacion antigua, organizada tan humana como discretamente: el entendimiento tiene allí mucho que admirar, y el corazon no encuentra poco que aborrecer. La civilizacion tolteca, cual nosotros la conocemos, era inferior á la mexicana. Debia ser así; la humanidad no permanece estacionaria, adelanta de continuo; una generacion lega á la siguiente su saber, y esta, por poco que sea, añade alguna cosa al cúmulo de lo que recibió. Los pueblos modifican el depósito que se les entrega conforme á sus instintos y á sus necesidades; abandonan unas cosas, cultivan otras de preferencia, dan al todo un aspecto particular aunque con el aire de la familia de donde procede; pero en último análisis, la humanidad ha hecho progresos, ha dado algunos pasos en ese sendero que la conduce por designios de la Providencia á la perfeccion y á la mejora. Tal vez los tetzcocanos estaban mas adelantados que los de México; estos, sin embargo, eran los mas poderosos, y por eso dieron su nombre á la civilizacion y á su época.

XI.

La historia nada dice de las inmigraciones de las tribus del Norte.—Inducciones sacadas de nuestra carta etnográfica.—California.—No tenemos noticias para las regiones del Noreste.—Los apaches.

En esta sazon volvemos á quedar sin guia. Nuestra historia antigua que registró cuidadosamente los hechos de las naciones del Sur, nada ó bien poco sabe decirnos de las del Norte, mas allá del asiento de los pueblos civilizados; quedamos, pues, estrechados de nuevo, á recurrir á los enseñamientos de la carta etnográfica, á las inducciones de nuestro sistema comprobado por las relaciones históricas, y á las tradiciones conservadas por acaso en las crónicas de los misioneros.

Arriba de los límites boreales de los señoríos constituidos de México, de Tetzcoco y de Tlacopan en el Valle, y de Michoacan, fuera de él, vagueaban tribus bárbaras y errantes, ocupando la inmensa superficie de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas, y parte de Jalisco y de San Luis. Debian su orígen á los individuos de las familias chichimeca, mexicana y otomí, que desdeñando recibir el blando yugo de la civilizacion, se separaron de sus hermanos, llevando en sus tierras una vida salvaje y aventurera. Los conquistadores españoles que en aquellas comarcas les encontraron, dieron á todos el sobrenombre de chichimecos, palabra que comprendia á todos los guerreros nómades sin distinguir la lengua que hablaban ó la es-